

(manuscrito)  
"Informaciones"

17-11-1965

## 18 ESPECTACULOS

### COMENZO LA TEMPORADA EN EL TEATRO ESPAÑOL

# Con el estreno de "¿Quién quiere una copla del arcipreste de Hita?", de José Martín Recuerda

DE la vida de Juan Ruiz, el famoso arcipreste de Hita, apenas se sabe lo que él mismo refleja, autobiográficamente, en algunos pasajes de su «Libro de buen amor». Parece que nació en Alcalá, que pasó su vida por tierras de Madrid y de Guadalajara, donde tenía su arciprestazgo, y que el arzobispo de Toledo, don Gil de Albornoz, le encomendó una peliaguda misión: la de entregar sus letras pastorales a los clérigos de Talavera con propósito de apartarlos de la relajada existencia que llevaban. Debió ser este encargo el que acabó dando con sus huesos en la cárcel, donde, como haría más tarde el Príncipe de los Ingenios, acabó de completar su obra maestra el famoso libro donde se mezcla lo moral con lo deshonesto, lo humano con lo divino, la realidad con la fantasía, lo lírico con lo épico, lo didáctico con lo frívolo y la sátira con el humor, componiendo un admirable retablo de la vida en aquellos tiempos finales de la Edad Media.

Con esos pocos datos biográficos y, sobre todo, con el texto riquísimo del «Libro de buen amor» a la vista, el autor José Martín Recuerda ha trazado una serie de estampas, que la mano maestra del director del Español, Adolfo Marsillach —con la colaboración eficazísima de un amplio cuadro artístico variadísimo—, ha utilizado para alzar, sobre el escenario, un espectáculo deslumbrante, movido, vivo, de una fascinante belleza en muchos momentos.

El esfuerzo ha sido colosal por parte de todos. Pero lo puramente externo, lo espectacular, lo que entra por los ojos del espectador —música, trajes, decorados, danzas, juego escénico, cantares— supera de modo extraordinario a lo que ha de arrancar interés y emoción, es decir, al nervio cómico o dramático que debe encerrar toda obra teatral y que en este caso queda desvaído, como ahogado bajo el brillo de lo adicional o secundario, sin fuerza y sin fuste para prender en el ánimo del público y llevarle en pos del arcipreste en todas sus andanzas tan numerosas como variadas.

Justo es reconocer que la empresa era harto difícil: que el autor se propuso dar vida a un personaje del que apenas nada se sabe; y que quiso levantar también, en torno a él, todo el abigarrado mundillo medieval, desde los legos a las triperas, pasando por zagalones y troteras, mendigos y caballeros, damas y penitentes, comadres y monjas, moros y cruzados, moriscas y mozas de partido. Justo es proclamar también que Martín Recuerda ha llevado a cabo su trabajo con una enorme dignidad, con una fidelidad muy estimable y el hecho de que no haya logrado unos resultados completos hay que achacarlo a lo desproporcionado y lo ambicioso de su intento.

La compleja mixtura que el arcipreste hace en su obra, reincidiendo una y otra vez en la aventura amorosa, con fugaces arrebatos místicos que le inspiran las más sentidas cantigas a la Virgen, para volver a sus efusiones amorosas con distinguidas damas o con novicias escondidas o con ariscas serranas, obliga al autor —en un exceso de fidelidad y por afán de intercalar el mayor número posible de pasajes originales— a construir un texto demasiado dilatado, en el que sobran algunos cuadros —los dos de las serranas, por ejemplo, son los más flojos de la obra y del espectáculo—, y una trama excesivamente compleja y varia, que tiene aires de «Patio de Monipodio», a ratos; de «La Celestina», otros, y hasta de «Don Juan Tenorio», incluso.

Los personajes más eminentes del reparto, el Arcipreste, Trotaconventos, Doña Endrina, no alcanzan toda la dimensión humana, dramática, que merecían y que pudieron haber dado mayor envergadura y enjundia a la obra. Se salva mejor Doña Garoza, que en su breve intervención alcanza en su conflicto interior una mayor hondura, con lo que salva la segunda parte, más floja y menos vistosa que la primera.

Hay que resaltar de modo especialísimo el inteligente trabajo llevado a cabo por el director Adolfo Marsillach para levantar todo este deslumbrante y multicolor espectáculo, tan difícil y complejo. Manejar con mano firme músicos y danzantes, luces y decorados, actores y comparsas; crear entre las cuatro paredes del escenario esa sensación de animación y de vida, de ambiente y clima, de emoción o de alegría, constituye una prueba de la que sólo cuando se poseen grandes cualidades y conocimientos se puede salir airoso. Y Marsillach lo consigue, puesto que es ese aspecto del estreno de anoche lo más brillante y destacable.

Verdad es que para conseguirlo tuvo al alcance de su mano, en un verdadero alarde de medios, todo cuanto necesitó: unos atractivos decorados del genial José Caballero —aunque su labor es muy desigual, pues al lado de algunos extraordinarios, como el de la plaza pública y el corral de Trotaconventos, hay otros tan flojos, como el de las serranillas—, y una bella partitura musical de Carmelo A. Bernaola, que alcanza momentos de singular encanto ambiental y de época; unos figurines llenos de gracia y colorido trazados por Víctor María Cortezo; una coreografía vivísima, de Alberto Portillo; unos cuidadísimos efectos de luminotecnia a cargo de J. Luis Rodríguez. Y, sobre todo, naturalmente, ese admirable, inteligente trabajo de los intérpretes: desde José María Rodero, que se esforzó constantemente por suplir con su emoción y su desenvoltura cuanto pudiera faltar en el personaje, hasta el último comparsa, pasando por Mari Carrillo, cuya veterania salvó los mismos fallos y cuyo arte quedó exaltado en la patética escena de la muerte de Trotaconventos, y por Paloma Hurtado, encantadora en todos los aspectos, y por Nuria Torray, en la creación más completa dentro de su brevedad. Todos tenían a su cargo una tarea difícil: hablar, cantar, danzar, moverse con aire de pantomima, y todos la superaron a la perfección; merecen destacarse entre los secundarios, Luis Morris, José Vivó, Carlos Ibarzábal, Fernando la Riva Carola Fernán Gómez, Víctor Fuentes, Julio Navarro, Florinda Chico, Terele Pávez. Y también, desde luego, la estupenda Agrupación de Música Medieval, dirigida por Pedro Luis Corral, con su cuerpo de baile, en el que es primera bailarina María Valera.

Para todos hubo aplausos muy reiterados, aunque repartidos desigualmente, pues mientras unos cuadros arrancaron largas ovaciones —y arriba, exclamaciones de entusiasmo—, otros se cerraron en medio del silencio. Al final, las ovaciones se hicieron más intensas y salieron a saludar con los numerosísimos intérpretes, el director Adolfo Marsillach; el autor, Martín Recuerda; el escenógrafo y otros destacados colaboradores, teniendo que pronunciar unas palabras de gratitud los dos primeros.

PÉREZ FERNÁNDEZ